

TUCAN  12+

La edad del loro

GISELA POU



edebé



La edad del loro

Gisela Pou

La edad del loro



edebé

Título original: *L'edat del lloro*
© Gisela Pou, 2013

© Ed. Cast.: Edebé, 2013
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Editora de Literatura Infantil: Elena Valencia
Diseño gráfico de cubierta: César Farrés
© *Ilustraciones:* Francisco Ruizge
© *Traducción:* Elisenda Vergés-Bó

Primera edición: abril 2013

ISBN 978-84-683-0838-8
Depósito Legal: B. 1557-2013
Impreso en España
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Índice

| | |
|--|-----|
| 1. ¡Quiero un hermano normal! | 7 |
| 2. Sobredosis de fama | 17 |
| 3. Decidir sin pensar | 31 |
| 4. Un giro inesperado | 45 |
| 5. Necesito ir a la <i>bicicletada</i> | 59 |
| 6. Un negocio muy rentable | 77 |
| 7. La tragedia del éxito | 95 |
| 8. Pillada y castigada | 107 |
| 9. El argumento ha cambiado | 125 |
| 10. Un desenlace brillante | 135 |
| 11. La felicidad dura un instante | 147 |

1

¡Quiero un hermano normal!

Nunca hubiera pensado que cincuenta minutos de silencio pudieran ser tan largos. Pero no diré ni pío, el señor Vallés se cansará y mamá se convencerá de que ir al psicólogo no sirve de nada.

—Rita es un nombre muy bonito —me dice el señor Vallés mirándome con sus ojos de pez detrás de las gafas de montura oscura.

Me encojo de hombros y miro al suelo. Si este hombre se cree que siendo amable voy a hablar, ¡lo tiene claro!

No, no hablaré. No diré nada. ¡Ni hoy, ni mañana, ni nunca!

La culpa de que tenga que malgastar mi tiempo en esta consulta del psicólogo es de

mamá. Se le ha metido en la cabeza que necesito ayuda. Rita está triste, Rita no habla, Rita está desmotivada, Rita está rara. Y no le ha costado nada convencer a papá de que llamaran al señor Vallés, un psicólogo tan alto como un gigante, que tiene la consulta a tres manzanas de casa. Este es el drama de vivir en una gran ciudad, todo está al lado, todo es inmediato, todo es posible.

* * *

Mamá, de pequeña, tocaba el piano como los ángeles y todo el mundo estaba seguro de que con su apellido —se llama Camila Bach— llegaría a ser concertista de piano; pero su carácter impulsivo y su poca disciplina hicieron que se inclinara por otro destino: cantar en un banda de *jazz*. A menudo pasa días lejos de nosotros y, desde siempre, ha sido papá quien se ha ocupado de Quino y de mí. Supongo que para compensar las ganas de

hablar imparables de mamá, papá solo habla lo indispensable. Él trabaja en casa y se pasa el día encerrado en su despacho. Escribe guiones para series de televisión, o sea que mientras mamá está fuera de viaje, Quino y yo vamos a nuestro aire. El problema aparece cuando ella regresa, porque entonces le da la manía de recuperar el tiempo y nuestra vida se acelera como si fuera un aspirador gigante.

Hace tres semanas, después de estar cinco días en Francia, tan pronto como llegó a casa, diagnosticó que la barriga de papá había crecido en exceso, que mi hermano necesitaba una dosis extra de vitaminas y que yo estaba demasiado triste para tener doce años. Insistió para saber si tenía algún problema y fue inútil que le repitiese que mi único quebradero de cabeza es que tengo un hermano famoso, que el hecho de que Quino se haya convertido en Bernard Balcels —el supermegafantástico héroe de la serie para adoles-

centes *La edad del loro*— me ha cambiado la vida y ya no puedo más.

Todas las adolescentes del colegio, altas y bajas, delgadas y gordas, con la piel de porcelana o la cara llena de granos, me persiguen para saber cosas de Quino, o mejor dicho, de Bernard Balcells que es a quien realmente aman. Todas quieren ser mis amigas, incluso las estúpidas de las Cuatro Perfectas —Quití, Nuni, Yoli y Remi, que en realidad se llaman Enriqueta, Nuria, Yolanda y Remedios—, que se han pasado la vida ignorándome, ahora se pelean para hacer trabajos conmigo y las tengo pegadas como lapas. «Las Perfectas son unas plastas aprovechadas, tú, ni caso», me dice Simoneta, mi leal amiga, la única que continúa siendo la misma de siempre.

* * *

El señor Vallés me mira impaciente.
«Tictac. Tictac. Tictac.» El reloj de péndulo

que hay en el centro de una pared llena de cuadros no para de sonar. ¿Y si el tiempo se ha parado y me quedo prisionera en este despacho?

El señor Vallés traga saliva, se coloca bien las gafas y con voz dulce pregunta:

—Rita, ¿cómo va el colegio? Ya tienes ganas de vacaciones, ¿verdad?

Y yo aprieto los dientes, no quiero que salga ni una palabra. Miro por la ventana, fuera hace un sol de justicia y me molesta perder el tiempo sentada en un sillón orejero que me hace sentir como una vieja de veinte años. Me muero de ganas por salir de este despacho y correr por el parque hasta que la lengua me llegue al suelo.

—¿Qué deporte te gusta más? —insiste el señor Vallés, que busca mi mirada.

Pero yo lo esquivo, miro hacia otro lado y callo como una muerta. No, no diré nada. No me da la gana hablar con un hombre que no conozco. No quiero hablar de fútbol, ni de

bicicletas, y menos aún decirle que mi gran ilusión de ahora mismo es ir a la *bicicletada* con la gente de la clase.

Si yo soy tozuda, resulta que él todavía lo es más. Se inclina hasta el plato de caramelos que tiene delante, coge uno y me lo ofrece.

—¿Quieres uno?

Y yo muevo la cabeza para decir que no. Si se cree que con un caramelo me hará hablar, se equivoca. Me muerdo los labios y vuelvo a mirar la hora: faltan diez minutos para acabar la sesión y el «tictac» del reloj se clava en el centro de mi cerebro y me repito que tengo que aguantar, que ya falta poco.

El señor Vallés lo intenta de nuevo.

—Me han dicho que tu hermano es un gran actor.

Lo dice para provocarme, para obligarme a hablar, para hacerme daño.

Ahora lo entiendo, el señor Vallés no es un psicólogo, ¡es un maltratador que quiere torturarme para que acabe confesando! Pe-



ro yo no le diré que daría toda mi colección de *Los grandes experimentos de la Historia* para que mi vida fuese como antes. No le diré que odio la serie de *La edad del loro*, porque, además de ser insoportable y cursi, me ha robado a mi hermano. Y tampoco voy a abrir la boca para decirle que me muero de ganas de recuperar aquel Quiño que me llamaba «gusano asqueroso, rata de cloaca e insecto raquítico», que me reñía por llegar a casa con los pantalones hechos jirones, y que no me dejaba morderme las uñas ni meterme el dedo en la nariz. No, al señor Vallés no le diré nunca que echo de menos a un hermano que ha desaparecido engullido por Bernard Balcells, un personaje que ha hecho enloquecer a las adolescentes de medio país.

—Rita, tus padres me han dicho que tienes muchos amigos —insiste el psicólogo que es incapaz de disimular su impaciencia.

Lo miro por primera vez y me encojo de hombros, y paso de decirle que yo, de amiga, solo tengo una: Simoneta. Pero el señor Vallés es tozudo e insiste.

—Rita, ¿cuál es tu asignatura preferida?

Veo la desesperación en el centro de sus ojos de pez.

Pero me encojo de hombros y no digo nada.

No hablaré.

No diré nada.

Me lo he prometido.

—¿Sabes por qué tus padres quieren que vengas a verme? —pregunta con una forzada sonrisa de anuncio de pasta de dientes.

Y callo, y cuando me repite la pregunta por tercera vez, miro hacia la ventana desde donde se ve el cielo de un azul brillante.

—¿Sabes, no, que tus padres están preocupados por ti? —habla con voz suave, pero sé que tiene ganas de chillar.

Solo faltan cinco minutos para acabar la sesión. Casi lo he conseguido.

—Si te preguntara qué es lo que más deseas, ¿qué me dirías? —el pobre señor Vallés hace esfuerzos sobrehumanos para conseguir arrancarme una palabra.

El tiempo se acaba y decido hacerlo un poco feliz.

—Quiero un hermano normal —respondo en voz baja.

Al señor Vallés se le dibuja una ligera sonrisa en los labios y, antes de que tenga tiempo de decir nada más, en el reloj dan las siete en punto. Me levanto del sillón y corro hacia la puerta.

No me despido y no pienso volver nunca más.